



Título Agonía y recuperación de la imprenta en Zamora: de Juan Picardo (hasta 1543) a Manuel Fernández (desde 1787)

Autor/es Becedas González, Margarita

Resumen El artículo estudia la historia de la imprenta en Zamora

Palabras Clave Imprenta. Zamora. Historia

Resumen en inglés The article study the history of printing of Zamora

Palabras Clave en inglés Printing. History

Cita Bibliográfica Becedas González, M. (2004). Agonía y recuperación de la imprenta en Zamora: de Juan Picardo (hasta 1543) a Manuel Fernández (desde 1787). En Aurora Miguel Alonso, Gloria Carrizo Salinero & Isabel García-Monge (Eds.), “Trabajos de la VIII Reunión de la Asociación Española de Bibliografía” (pp. 17-29). Madrid: Asociación Española de Bibliografía

BECEDAS GONZÁLEZ, Margarita: “Agonía y recuperación de la imprenta en Zamora: de Juan Picardo (hasta 1543) a Manuel Fernández (desde 1787). En: *Trabajos de la VIII Reunión de la Asociación Española de Bibliografía*, Madrid, AEB – Biblioteca Nacional, 2004, ISBN 84-88699-75-1, pp. 17-29.

AGONÍA Y RECUPERACIÓN DE LA IMPRENTA EN ZAMORA

De Juan Picardo (hasta 1543) a Manuel Fernández (desde 1787)

Margarita Becedas González

Pionera en la impresión de *libros de molde* en Castilla, “la noble y muy antiquísima” ciudad de Zamora no pudo, sin embargo, evitar convertirse demasiado pronto en lo que piadosamente solemos calificar como ciudad con imprenta discontinua. En efecto, a pesar de un temprano y brillante período incunable, iniciado hacia 1480 a cargo sobre todo de Antón de Centenera y de sus colaboradores, en consonancia con la tendencia al alza de la economía de finales del quinientos agotada desde mitad del XVI, los intentos de sostener una industria librera e impresora en la



pequeña ciudad románica se vieron pronto ensombrecidos por la cercanía de la brillante Salamanca del Renacimiento, sede de un Estudio General en expansión.

De hecho, podemos asegurar que el arte de la imprenta fue la primera víctima de la atonía económica que sobrevendría poco después y que hizo disminuir sensiblemente la ya escasa actividad industrial, que había gozado, en especial la relacionada con la manufactura textil, de cierto despegue en las décadas anteriores. Así, el propio Centenera, a partir de sus últimos impresos de cierta envergadura, confeccionados entre 1490 y 1492, se dedicó sobre todo, según se ha podido conocer en fechas recientes, a la impresión de formularios; con ellos, agónicamente, aunque con una cierta renovación tipográfica, logró mantener viva la imprenta zamorana durante los primeros años del siglo XVI¹.

Tras esta primera década de la nueva centuria, protagonizada aún por un Antón de Centenera en franca decadencia, desaparecen las noticias acerca de la existencia de algún taller zamorano estable, aunque Centenera no debió fallecer hasta algo más tarde, o, al menos, del 29 de diciembre de 1539 data el inventario de bienes de su viuda².

Casi veinte años después y durante un corto período, entre 1537 y 1543, volveremos a encontrar obras impresas en Zamora e incluso un posible intento de crear una imprenta permanente. Este oasis, más bien espejismo, pues difícilmente se le puede considerar de otro modo, viene de la mano en primera instancia de las relaciones circunstanciales del modesto impresor de origen francés Pierre --o Pedro-- Tovans³ con el obispado de la ciudad y con un librero-impresor afincado por entonces en Zamora, Agustín de Paz, y seguidamente de la relación empresarial del citado librero con otro

¹ M^a Luisa López Vidriero y Pedro Cátedra enumeran la totalidad de sus impresiones conocidas entre las pp. 490 y 492 de “La imprenta y su impacto en Castilla”, en A. García Simón (ed.), *Historia de una cultura. II, La singularidad de Castilla*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 1995, pp. 463-542

² Asterio Miguel del Brío Mateos, *La saga de los Docampo y las tierras de Zamora, Alba y Aliste, El pan, El vino y Sayago: el maestro Florián Docampo*, Zamora, 1997, pp. 112-133

³ Sobre la actividad de Tovans en Zamora, cfr. Jaime Moll, “Pedro Tovans, impresor en Medina del Campo, Zamora y Salamanca”, en *Trabajos de la Asociación Española de Bibliografía. II*, Madrid, AEB, 1998, pp. 101-111



impresor, al parecer también de origen francés y posiblemente ayudante de Tovans en los inicios, Juan Picardo⁴.

Jaime Moll no duda de que Tovans debió trasladar su taller a Zamora desde Medina del Campo en 1537 por encargo de la diócesis, con el fin de imprimir un breviario y un misal y facilitar así la corrección de pruebas *in situ*. Lo que desde luego está claro es que Tovans aprovechó su obligada estancia en la ciudad para continuar imprimiendo, esta vez con la clara colaboración del librero afincado en ella, Agustín de Paz, quien costeó en el mismo año 1537 el que fue posiblemente su primer trabajo zamorano, *Flosculus sacramentorum*. A éste seguirían otros, sobre todo obras en romance, como *La cuestión de amor* o *El asno de oro*, hasta que en 1539 Tovans se trasladó a Salamanca, contratado por la Universidad para crear una imprenta universitaria con tipos latinos y griegos⁵.

Tras la marcha de Tovans, Agustín de Paz formó compañía con Juan Picardo entre 1541 y 1542. De su unión, que conocemos, surgieron tres obras de entidad: en 1541, las dos emisiones conocidas –con y sin colofón-- del comentario latino de Luis de Medina a la obra del médico árabe Mesué, edición encargada por el profesor de la Universidad salmantina Fernando Arce de Benavente⁶ y, al final del mismo año, datada

⁴ Juan Delgado, citando a Bouza Brey, considera probable que Picardo trabajara con Tovans antes de independizarse. Juan Delgado Casado, *Diccionario de impresores españoles (siglos XV-XVII)*, Madrid, Arco, 1996, nº 688.

⁵ M^a Luisa López Vidriero y Pedro Cátedra (*Op. cit.*, pp. 499-500) transcriben completo este interesante documento de la Universidad de Salamanca, en el que queda atestiguada la intención de la institución de montar un taller propio y en el que se establecen las condiciones que debía reunir la imprenta, así como el especial buen trato que se pretendía dispensar a Tovans; formaban parte de la comisión que decidió el contrato, entre otros, Francisco de Vitoria y Domingo de Soto, “a quien fue cometido lo de la emplant, por virtud de la dicha comisión”. Sobre la breve actividad de Tovans en Salamanca, Cfr. Lorenzo Ruiz Fidalgo, *La imprenta en Salamanca (1501-1600)*, Madrid, Arco, 1994, pp. 63-64

⁶ De esta única impresión latina de Paz y Picardo, se hicieron, al parecer, dos emisiones, de las que conocemos sendos ejemplares. Una de las emisiones aparece referenciada en el Catálogo Colectivo de Patrimonio Bibliográfico (CCPB000017391) y se corresponde con el ejemplar R/28753 de la Biblioteca Nacional de Madrid, que presenta un claro colofón: “impressum Zamorae per Augustinũ de || paz, & Ioannem picardum”. De la otra emisión se conserva un ejemplar en la British Library, descrito por Denis E. Rhodes en *Catalogue of books printed in Spain and of Spanish books printed elsewhere in Europe before 1601 now in the British Library*, 2nd. ed., London, The British Library, 1989, p. 133, y recogido a



el 9 de diciembre, *La Crónica General de España* en edición de Florián de Ocampo y costeadada por Juan de Espinosa; finalmente, en octubre de 1542, publicaron *La Relación de lo acaescido en las Indias*, de Alvar Núñez Cabeza de Vaca.

Entre medias es lógico pensar que los únicos profesionales afincados en Zamora aceptaran, de modo más o menos habitual, encargos “alimenticios” para realizar impresos menores. Esto, al menos, parece deducirse de la comparación de la letra gótica de los libros con la de los formularios administrativos y sobre todo con las circulares del obispo a sus “clérigos e curas, capellanes e beneficiados”, que se conservan en el Archivo Histórico Provincial de Zamora, con data manuscrita de 1542⁷.

En todo caso el negocio no era próspero, los socios se separaron y ya en 1543 el nombre de Agustín de Paz no figura en los escasos impresos zamoranos conservados, aunque sí el de Juan Picardo: continuara o no en Zamora en 1543, lo que está claro es que Agustín de Paz aprovechó la oportunidad de trasladarse a Astorga en 1545, con el encargo de imprimir libros litúrgicos, comenzando así su nuevo estado de impresor itinerante, que le llevaría con posterioridad a Mondoñedo, a Santiago de Compostela y,

su vez por Ruiz Fidalgo (*Op. cit.*, nº 235). A pesar de que Palau (nº 166835), que califica de “rarísimos” estos comentarios, ya recogía ambas copias aunque sin indicar la diferencia de emisiones, Rhodes y Fidalgo consideraron que el ejemplar 546.d.27 de la British Library era una edición salmantina de 1541 de Pedro de Castro. Sin embargo, la única diferencia entre Medina-BNM y Medina-BL es la inexistencia de colofón en el segundo, en el que se ha bajado intencionadamente una línea la palabra “FINIS”, ocupando así parte del espacio que en el otro ejemplar está dedicado al colofón. Agradezco a Lorenzo Ruiz Fidalgo sus comentarios, cuando “descubrimos” la similitud de los dos ejemplares, así como el buen rato de una conversación en la que concluimos que la ausencia de datos de imprenta en Medina-BL, la semejanza entre los caracteres romanos de la obra y los usados por Pedro de Castro en Salamanca, así como el hecho de que el encargo partiera de un profesor salmantino, debieron ser los detonantes para atribuir una edición fantasma a Salamanca. Con posterioridad he podido comentarlo con Rhodes, cuya conclusión ha sido también la misma. Pero el auténtico interés de este asunto, llegar a saber cuál fue la razón por la que unos ejemplares salieron con colofón y otros no, cuáles fueron las circunstancias que rodearon su impresión y por qué una obra de interés universitario fue encargada a una modesta imprenta zamorana, forma parte de la *Microhistoria Interminable del Libro*, y, como tal, *es otra historia y habrá que contarla en otra ocasión*.

⁷ Éstas y otras hojas sueltas impresas de finales del siglo XVI e incluso del siglo XVII me han sido facilitadas muy generosamente por el profesor de la Universidad de Salamanca, Vicente Bécares Botas, cuya ayuda y confianza en que la autora de este texto pueda culminar en el futuro un trabajo *casí* definitivo sobre la imprenta en Zamora, son impagables.



en un breve paréntesis en su recorrido gallego, a Asturias, donde le cabría el honor histórico de confeccionar el primer impreso ovetense, en 1556⁸.

Tras la separación de Paz, Juan Picardo permaneció en Zamora trabajando en solitario y es en 1543 cuando ese espejismo de contar con un taller fijo parece materializarse, si tenemos en cuenta los tres importantes encargos que salieron de su imprenta en el mismo año, el 9 de febrero, el 23 de julio y el 15 de diciembre respectivamente, costeados todos ellos por Juan Pedro Mussetti, librero de Medina del Campo: especializándose en obras en romance, como correspondía a una pequeña imprenta alejada de los principales núcleos industriales y culturales y sin grandes posibilidades ni de distribución ni de llevar a cabo buenas correcciones latinas, publicó la primera edición del *Libro intitulado los problemas* de Francisco López de Villalobos, *Los claros varones de España* de Hernando del Pulgar y, por último, una segunda edición de su anterior *Crónica* de Florián de Ocampo⁹, sin duda su obra de más éxito, hasta el punto de que fue objeto posteriormente de una emisión en la que consta en la portada el año 1544¹⁰.

A partir de estas fechas y nada menos que hasta la segunda mitad del siglo XVIII, ya no encontramos ni oasis ni espejismos, sólo el más puro desierto. Apenas se puede hablar con propiedad no ya, por supuesto, de impresores afincados en Zamora, sino ni siquiera de obras confeccionadas circunstancialmente en la ciudad. Cesáreo Fernández Duro, estimable autor del único intento de tipobibliografía zamorana, inserta

⁸ Cfr. Juan Delgado Casado, *Diccionario...*, nº 663.

⁹ Como nota anecdótica, resulta sorprendente que Fernández Duro (*Colección...* p. 303) aprovechara esta edición para “crear” un nuevo impresor, Ignacio Picardo, del que llega a teorizar sobre si era hijo o hermano de Juan, asegurando incluso que puso imprenta independiente, “saliendo a la luz libros con los nombres de uno y otro por poco tiempo”. Afortunadamente este impresor fantasma no tuvo mayor éxito en los repertorios posteriores y, por supuesto, Juan Delgado ni lo cita en su diccionario. Por causa inexplicable y sólo en esta edición de 1543, Fernández Duro “lee” Ignacio Picardo en lugar de Juan Picardo en el colofón, al igual que “lee” Ignacio Pedro Mussetti, en lugar de Juan Pedro Mussetti.

¹⁰ Dos años más tarde, en 1546, Picardo reapareció imprimiendo en Salamanca, aunque tan solo una obra y en ese único año; sus andanzas desde entonces nos son, por ahora, desconocidas.



en una de las secciones que componen su *Colección bibliográfico-biográfica...*¹¹, recoge, nadando entre el entusiasmo y las escasas fuentes de información que pudo manejar y contrastar, otras dos obras que supone impresas en Zamora en el siglo XVI; después, tras la parada obligada en 1630, dando noticia del primer libro con pie de imprenta en Toro, y a pesar de su tendencia a arrastrar para Zamora todo lo medianamente probable, no tiene más remedio que dar el salto hasta la mitad del siglo XVIII.

Las obras del siglo XVI sin datos de imprenta que Fernández Duro aporta, fechándolas ambas en 1544 y sin ejemplares conocidos, son un *Compendium Alphonsi Zamorae universorum Legis veteris preceptorum* y una presunta primera edición del repetidamente editado *Libro de albeyteria...* de Francisco de Reina, herrador zamorano. De la primera, recogida también por Palau (379030) sin ejemplar, no he podido llegar a concretar gran cosa, excepto que tanto Palau como Fernández Duro, este último mezclando dos noticias de Nicolás Antonio, la consideran impresa, mientras que el propio Nicolás Antonio admite que podría ser manuscrita e incluso sabe de la existencia de una copia en una biblioteca aragonesa. La obra de Francisco de Reina, en cambio, es más conocida y sin duda Fernández Duro adjudicó a Zamora la edición príncipe que debió hacer en 1547 Agustín de Paz en Astorga (Palau 265812) y de la que el propio Paz hizo otra edición en 1552, ya establecido en Mondoñedo.

Llegados a este punto, tenemos por delante, como ya hemos dicho, dos largos siglos sin noticias fehacientes de impresos zamoranos, ni mucho menos nombres que nos particularicen a los impresores estables o sobre todo ambulantes, que sin duda tuvo que haber en algunos momentos. Como es lógico, Fernández Duro culpabiliza de la ausencia de imprenta en Zamora desde mitad del siglo XVI a la lejanía de la Corte, establecida finalmente en Madrid en 1561 con un breve paréntesis en Valladolid, así

¹¹ Cesáreo Fernández Duro: *Colección bibliográfico-biográfica de noticias referentes á la provincia de Zamora o Materiales para su historia*, Madrid, 1891. La obra fue premiada en el concurso de la Biblioteca Nacional de 1876. Puede verse un comentario crítico sobre ella en: Juan Delgado Casado, *Un siglo de bibliografía en España. Tomo I*, Madrid, Ollero & Ramos, 2001, pp. 390-393



como a la decadencia de la feria de Medina del Campo, considerando sobre todo que los tres últimos libros conocidos, confeccionados por Juan Picardo en 1543, fueron costeados por un librero de Medina. No intuye, sin embargo, otras causas, a mi juicio fundamentales: por un lado, la situación extremo-occidental de la provincia con la consiguiente carencia de vías de comunicación y con unas claras limitaciones comerciales e industriales, por otro el gradual descenso demográfico desde las últimas décadas del siglo XVI¹² y, por último, la inexistencia de alguna institución poderosa que reclamara la impresión de libros: esa institución existía a 60 kilómetros de la capital zamorana, se llamaba Universidad de Salamanca y estaba demasiado lejos como para compartir sus posibilidades pero demasiado cerca como para ahogar cualquier intento de supervivencia. De hecho, una cuarteta manuscrita del siglo XVII, a propósito de la Feria de Botijero, describía así las fuentes de las que se alimentaba Zamora¹³:

*Córdoba alta feria franca
joyas envía y plateros
y Valladolid roperos
y librereros Salamanca*

Sin duda tiene mucho de verdad la afirmación de que la ausencia de libros impresos no implica necesariamente la ausencia de imprenta en una ciudad, pero si utilizamos la expresión “imprenta en una ciudad” en su sentido más restringido, sólo referente a la existencia comprobable de talleres tipográficos en ella, aunque fueran temporales y dedicados a impresos menores, no podremos sostener esa afirmación para Zamora nada menos que durante dos siglos; más bien deberíamos hablar de *ciertas*

¹² José Carlos Rueda, Juan Francisco Hernández y Eduardo Velasco, “La población zamorana: siglos XVI-XIX”, en *Historia de Zamora, Tomo II, La edad moderna*, Zamora, Diputación, Instituto de Estudios Zamoranos ‘Florián de Ocampo’, Caja España, 1995, pp. 251-339.

¹³ *La feria de Botijero*, comedia anónima y manuscrita, siglo XVII, Madrid.BN, Ms. 16856. Recogida por Lorenzo Ruiz Fidalgo en: “La imprenta y los librereros en Salamanca en sus siglos de Oro”, en Luis E. Rodríguez-San Pedro Bezares (coord.), *Historia de la Universidad de Salamanca* (en prensa).



necesidades de actividad impresora, independientemente de dónde y quién las llevara a cabo¹⁴.

Que sepamos, en el caso de Zamora la primera parte de la afirmación se cumple religiosamente desde 1543 hasta bien entrado el siglo XIX: no existieron libros impresos en Zamora y los tipógrafos no se sintieron atraídos hacia una localidad donde el escaso número de potenciales autores o lectores que podían demandar la impresión de libros no auguraba un negocio medianamente próspero. Los escasos libreros de la ciudad, como Baltasar Fernández, documentado hacia 1603, no parece que se dedicaran a editar o a imprimir, como algunos de sus colegas anteriores o coetáneos de otras localidades, sino sólo a suministrar papel o libros, en muchos casos de primera necesidad¹⁵, y por supuesto impresos fuera de Zamora, como veremos.

Respecto a la segunda parte de la afirmación, sin duda existieron esas *ciertas necesidades de actividad impresora*, alentadas especialmente por las diversas administraciones, obligadas a generar formularios u otros documentos que, a causa de su carácter repetitivo o porque conviniera su difusión, alguien tenía que pasar a molde. Estos impresos de carácter muy menor que hoy conservamos desde luego no justificaban el mantenimiento de talleres, sino que tuvieron que ser realizados por

¹⁴ El caso de Segovia, pequeña ciudad con una evolución parecida a Zamora –brillante período incunable, siglo XVI intermitente–, aunque con una mejor situación geográfica, presenta, a pesar también de su pobreza impresora, una situación algo distinta, que sí permitiría hablar de “impresión en la ciudad”, aunque en muchas ocasiones fuera a cargo de tipógrafos itinerantes o vinculados muy temporalmente a ella: si bien en número reducido, se imprimieron en Segovia durante el siglo XVII libros e impresos menores en los que consta en el pie de imprenta el lugar y nombre del impresor, circunstancia que en Zamora no llega a darse. Ver Fermín de los Reyes Gómez, *La imprenta en Segovia (1472-1900)*, Madrid, Arco Libros, 1997.

¹⁵ Desde luego, entre los libros de primera necesidad se encontraban las cartillas de primeras letras que, en todo caso, no habrían podido ser impresas en Zamora, ya que, como se sabe, la catedral de Valladolid contó desde 1583 hasta finales del siglo XVIII con el privilegio de impresión de las cartillas usadas en las escuelas castellanas; tampoco, por supuesto, podían abordar la impresión, ni siquiera para uso interno, de los libros litúrgicos, especialmente los del *Nuevo rezado*, ya que, como sabemos, aunque no hubo nunca privilegio real, los contratos de impresión se establecieron fundamentalmente con Plantino. Para conocer el uso de otros libros de primera necesidad y, en general, para todo lo concerniente a la educación en Zamora en estos siglos, ver: Francisco Javier Lorenzo Pinar, *La educación en Zamora y Toro durante la Edad Moderna: primeras letras y estudios de gramática*, Zamora, Semuret, 1997.



impresores ambulantes o incluso, dado que las piezas no precisaban de un especial cuidado para las pruebas, por tipógrafos de otras ciudades. En consecuencia, que esas *ciertas necesidades de actividad impresora* llegaran a ascender un peldaño y nos permitieran hablar de la existencia, pese a todo, de imprenta en Zamora, sólo podría sostenerse si consideráramos que las normativas municipales, los formularios administrativos, comunicaciones del obispado, copias de reales cédulas, etc., recogidos en los archivos y que muchas veces finalizan con un inevitable “dada en Zamora...”, correspondieran efectivamente a trabajos llevados a cabo en Zamora, aunque por impresores anónimos no residentes. Es posible que nunca lleguemos a saberlo a ciencia cierta, a no ser que la comparación en profundidad de los tipos —normalmente redondos sin particularidades especialmente llamativas— con trabajos de conocidos tipógrafos itinerantes o establecidos en ciudades cercanas, nos llevara a alguna conclusión positiva o bien un golpe de suerte archivística sacara a la luz los contratos.

Aunque la investigación sobre la imprenta en Zamora desde mitad del siglo XVI se encuentra aún en un estado muy inicial, ya existen poderosas razones para, por un lado, asegurar que no hubo impresores residentes desde la primera mitad del siglo XVI hasta la segunda del siglo XVIII y, por otro lado, para dudar seriamente si hubo de modo habitual contactos con impresores itinerantes o si la mayor parte de los impresos conservados ni siquiera llegaron a realizarse en Zamora.

Estas razones pueden concretarse en los siguientes hechos: primero, es preocupante el riguroso anonimato de los eventuales impresores de las piezas conservadas entre finales del siglo XVI y 1787, aunque también es cierto que el género de estos impresos que conservamos, de carácter administrativo, no propiciaba en absoluto que figuraran en ellos los datos de imprenta¹⁶; por otro lado, cuando en 1787

¹⁶ Como la excepción confirma la regla, en 1722 encontramos por única vez, desde Juan Picardo hasta Manuel Fernández, el nombre de un impresor en un pie de imprenta zamorano. Se trata de Francisco García, en una oración fúnebre encargada por la Compañía de Jesús (CCPBE 000059781). A falta de comprobaciones tipográficas, se podría aventurar la posibilidad de que este impresor fuera el Francisco García Honorato que tuvo imprenta en Salamanca en esos años.



se le dan facilidades económicas a Manuel Fernández, librero de la ciudad, para instalar un taller, el ayuntamiento consideró este paso un gran y novedoso avance, aunque, sintomáticamente, los moldes y matrices tuvieron que ser adquiridos en Madrid; y, por último, está claro que, de forma sistemática, los misales o breviarios de primera necesidad o, sobre todo, cualquier obrita un poco más enjundiosa, salida de la pluma de zamoranos o autores vinculados estrechamente a la ciudad, o bien finalizaba sus días no imprimiéndose o bien se buscaba para ello otra ciudad, al contrario, por ejemplo, de la *Historia de la Insigne Ciudad de Segovia*, de Diego de Colmenares, impresa en esa ciudad en el siglo XVII.

En este sentido, son paradigmáticos los casos relacionados con aquellas obras que tienen como hilo conductor común el empeño de demostrar que Numancia era en realidad Zamora, disputando constantemente a Soria semejante honor: tal como afirma casi divertido Fernández Duro, “aunque se escribiera de Teología, de Derecho, de Medicina, no se daba por buena obra de zamorano que no dedicara siquiera un apéndice a la cuestión batallona, único medio de alcanzar la benevolencia del Regimiento, tan útil, tan necesaria...”¹⁷. Por poner algunos ejemplos, ni la ingente obra manuscrita de Manuel Novoa escrita a principios del XVII y retocada a finales del XVIII con el título *Historia de Numancia*, ni la *Disertación sobre Numancia a favor de Zamora* de Francisco Álvarez, que incluso obtuvo las licencias de impresión y significativamente fue enviada a Salamanca, ni la *Historia de San Ildelfonso* de Jerónimo Martínez de Vegas, con el consiguiente opúsculo numantino, y que consiguió licencia de impresión en 1615, llegaron a imprimirse. Otras obras, como *El buen repúblico* (Salamanca, 1611) de Agustín de Rojas Villandrando que, al haber sido notario de la Audiencia Episcopal de Zamora “excedió los límites de la alabanza [a Zamora]”, en expresión de Fernández Duro, o las obras de Luis Sandoval y Mallas, tanto la que relata las exequias celebradas en Zamora por la muerte de María Luisa de Borbón como la que aborda el

¹⁷ Cesáreo Fernández Duro, *Memorias históricas de la ciudad de Zamora, su provincia y obispado*, 4 vols., Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1882-1883, V. 1, p. 22.



traslado a Zamora de los restos de San Cucufate (Valladolid, 1662), se publicaron fuera de la provincia. En definitiva, cualquier obra de creación, por pequeña o intrascendente que pudiera ser, no encontraba acomodo en Zamora. Así, es lógico que autores zamoranos vinculados a universidades como Alcalá o Salamanca, publicaran en esas ciudades, pero no habría sido esperable, en el caso de que hubieran existido a lo largo del tiempo algunos talleres en la ciudad o impresores que habitualmente merodearan por ella, que obras como las *Constituciones Synodales del Obispado de Zamora* (Salamanca, 1589), la *Descripción de las fiestas que celebró la villa de Benavente al nacimiento de su Conde*, de Dueñas Torío (Salamanca, 1674) o ya a mitad del siglo siguiente, los diversos sermones de Francisco Javier Avena y Cabrera, canónigo en Zamora, fueran publicados en Salamanca¹⁸.

A falta de libros, disponemos, como he comentado antes, de algunos ejemplos de formularios e impresos menores insertos en los legajos del Archivo Histórico Provincial de Zamora y en los fondos pertenecientes al Archivo Municipal, utilizados claramente por las diversas administraciones zamoranas para los siglos XVI y XVII. Además de los que ya cité anteriormente, casi con toda probabilidad vinculados a Picardo y a Paz y correspondientes a la primera mitad del siglo XVI, he podido ver, con fecha a mano entre 1583 y 1587, varios impresos idénticos, con tipos redondos, la mayor parte comenzando *Amonesto y mando a vos todas e qualesquier personas desta ciudad y Obispado...* y con un final impreso *Fecha en çamora* seguido de la data manuscrita.

¹⁸ Respecto a este autor, Francisco Aguilar Piñal, *Bibliografía de autores españoles del siglo XVIII, Tomo I*, Madrid, CSIC, 1981, nº 3052, recoge una oración publicada en Salamanca por la viuda de Gregorio Ortiz en 1742, no citada por Palau; también sin ser citada por Palau, encontramos en el *Catálogo Colectivo de Patrimonio Bibliográfico Español* (nº 000063030) otra obra impresa en Salamanca con fecha de licencia de 1753. Finalmente, tanto Palau como Aguilar Piñal (nº 3053) recogen un *Sermón que en las honras que por la Reyna Doña María Amalia de Saxonía se celebraron en la Santa Iglesia Catedral de Zamora a 16 de noviembre de 1760*, donde al parecer consta que ha sido impreso a costa de la ciudad de Zamora; en consecuencia, ambos bibliógrafos adjudican la obra a Zamora, con impresor desconocido, pero dado que no se conoce ejemplar, es imposible acometer el estudio de tipos ni concretar nada más.



Respecto al siglo XVII, conservamos formularios y otros documentos de archivo estrechamente vinculados a instituciones civiles y eclesiásticas zamoranas, memoriales del cabildo o del obispado, manifiestos de cofradías, etc. en los que en ningún caso constan datos de lugar o de imprenta. Algo apartados de estos géneros estrictamente documentales, pero relacionadas temáticamente con Zamora y sin pie de imprenta, lo cual puede hacer suponer que fueron encargadas por y para Zamora, pero llevadas a cabo por tipógrafos ambulantes, se tienen noticias a través de Palau, Simón Díaz, Fernández Duro y otros repertorios de algunas obritas, de entre una y cuatro páginas normalmente, de las que en muchos casos aún no se han encontrado ejemplares.

Durante el siglo ilustrado se reactivó en cierto modo la industria y, en general, la vida zamorana, pero ni siquiera la fundación de la *Sociedad Económica de Amigos del País de Zamora*, creada tempranamente en 1778, consiguió impulsar la confección de libros¹⁹. Podríamos decir que si la imprenta fue la primera víctima ante el asomo de crisis del XVI, fue también la última industria en recuperarse con el despegue del siglo XVIII. Así, el siglo XVIII comenzó siguiendo la estela de la centuria anterior, con formularios y documentos de archivo, que irían multiplicándose y variando en su tipología a medida que avanzaba el siglo. Crecieron también llamativamente, a partir de la segunda mitad, las cartas pastorales de los sucesivos obispos, al mismo tiempo que hicieron su aparición las novenas a las vírgenes, género que será usual en el siglo siguiente. Estos pequeños impresos, de los que se conserva algún ejemplar o simplemente noticias de que hayan sido hechos, están todos vinculados claramente a Zamora, aunque unos tienen pie de imprenta de otra ciudad y otros —los que más nos interesarían aquí— son rigurosamente anónimos en su tipografía y, por lo tanto, con

¹⁹ Para la actividad económica de Zamora entre los siglos XVI y XVIII, ver, además de otros estudios más específicos: Juan Carlos Alba López y José Carlos Rueda Fernández, “La industria y el comercio en la Edad Moderna”, en *Historia de Zamora, Tomo II, La edad moderna*, Zamora, Diputación, Instituto de Estudios Zamoranos ‘Florián de Ocampo’, Caja España, 1995, pp. 147-212.



más posibilidades de que sean productos de impresores contratados para Zamora circunstancialmente.

Aunque no hay constancia de que en estas décadas quisieran imprimirse libros u obritas de creación, es indudable que la necesidad de imprimir fue acuciante a mitad del siglo XVIII, con el fin de dar salida, sobre todo, a las Órdenes y Reales Cédulas que debían ser difundidas en Zamora. Ésta fue sin duda la causa fundamental para que en 1787 se tomara la determinación de recuperar para la ciudad el negocio de un taller de imprenta estable.

En efecto, la larga travesía por el desierto finalizó el 1 de octubre de 1787 cuando, por acuerdo del Ayuntamiento de Zamora y a petición del mismo interesado, se adelantó a Manuel Fernández, librero de la ciudad, la suma de doce mil reales, a devolver en ocho años, con el fin de que pudiera adquirir en Madrid “una prensa de impresión con las matrices y moldes suficientes para imprimir cuantos asuntos sean menester”²⁰. Las tareas del nuevo taller, dadas las circunstancias que rodearon su nacimiento, se limitaron casi exclusivamente a los impresos menores y administrativos, y sobre todo, retomando la labor de las imprentas desconocidas de los años anteriores, a las copias de las sucesivas reales cédulas. He dicho *casi exclusivamente*, porque en una ocasión Manuel Fernández se apartó de la rutina administrativa y llevó a cabo hacia 1788 u 89, la impresión de una curiosa obrita de creación, romance original del profesor de retórica Manuel Peláez y de apenas 24 páginas, titulada *Duero-Machia* (CCPB 000173856, Palau 216431), que describe varias inundaciones del Río Duero, así como los estragos causados por éstas. Esta obra, de la que apenas se conservan ejemplares originales --el Catálogo Colectivo sólo recoge uno, en el Palacio arzobispal de Zaragoza-- se nos ha conservado reproducida, un siglo más tarde, en *Zamora ilustrada*, revista semanal dedicada a la literatura.

²⁰ El texto completo del acuerdo del Ayuntamiento puede verse en Cesáreo Fernández Duro, *Op. cit.*, p. 296.



Manuel Fernández pasó el relevo a la familia Vallecillo --sucesivamente, Juan, Leonardo, la viuda de éste e hijos y por último Vicente-- que, desde los últimos años del siglo XVIII hasta mediados del XIX, se encargaron de sostener la recién recuperada imprenta zamorana. A partir de 1833, el comienzo del *Boletín Oficial de la Provincia*, y especialmente el incremento del periodismo, con las publicaciones abundantes y efímeras que inundan todas las ciudades españolas en el siglo XIX²¹, propiciarían la creación en Zamora de diversas imprentas y litografías, hasta alcanzar el discreto nivel esperable de una pequeña ciudad de provincias.

²¹ Sobre la prensa zamorana a finales del siglo XIX, *cfr.* Mariano Esteban de Vega, “Estadística y tipología de la prensa zamorana en la Restauración”, *Studia Zamorensia*, IX, 1988, pp. 43-56, y del mismo autor, “Sociedad y empresa periodística en Zamora durante la Restauración, 1875-1898”, *Primer Congreso de Historia de Zamora. Tomo 4, Moderna y Contemporánea*, Zamora, Instituto de Estudios Zamoranos, 1993, pp. 359-366.